

CAPÍTULO I

El antiguo ascensor con cristales de flores labradas se deslizaba hacia arriba. Podía escucharse el acompasado sonido de los contactos al pasar por los pisos. Se detuvo. Cuatro hombres caminaban por el pasillo; pese a ser de día, las luces estaban encendidas.

La puerta, tapizada de cuero, se abrió. Un hombre que permanecía de pie se dirigió a ellos.

—Pasen, caballeros.

Gregory entró el último, tras el doctor. Allí también reinaba una oscuridad casi absoluta. Tras la ventana, las ramas desnudas de los árboles descollaban entre la niebla.

El Inspector Jefe regresó a su escritorio, negro, alto, con una balastrada esculpida. Disponía, ante él, de dos teléfonos y de un micrófono plano conectado al circuito interno. Sobre la pulida superficie yacían tan solo su pipa, las gafas y una gamuza de ante. Al sentarse a un lado, en un sillón hondo, Gregory vislumbró el rostro de la reina Victoria, que lo contemplaba todo desde un pequeño retrato colgado sobre

la cabeza del Inspector Jefe. Examinó a los hombres uno por uno, como si los estuviera contando, o bien tratando de recordar sus caras. Un gran mapa del sur de Inglaterra cubría la pared lateral, enfrente de una larga librería de color negro.

—Señores, están todos ustedes al tanto de este asunto —dijo el Inspector—, que yo solo conozco a través de informes. Por eso quiero pedirles una breve recapitulación de los hechos. Puede empezar usted, compañero Farquart.

—Sí, señor inspector, pero yo también conozco la historia solo por los informes.

—*Al principio* del todo, no disponíamos siquiera de informes —observó Gregory, elevando en demasía el tono de voz. Todos se quedaron mirándolo. Con exagerada negligencia, se puso a revisar sus bolsillos en busca del tabaco.

Farquart se irguió en su sillón.

—El asunto comenzó aproximadamente a mediados de noviembre del año pasado. Es posible que los primeros *accidentes* acontecieran un poco antes, pero habían sido pasados por alto. Recibimos la primera denuncia policial tres días antes de Navidad y no fue hasta mucho más tarde, en enero, cuando las investigaciones demostraron que estas historias relacionadas con cuerpos ya habían tenido lugar anteriormente. La primera denuncia provenía de Engender. Su carácter, para ser precisos, fue semioficial. Plays, el supervisor del depósito de cadáveres, se quejó al comandante de la comisaría municipal, quien por cierto es su cuñado, de que alguien había manipulado los cuerpos durante la noche.

—¿En qué sentido los habían *manipulado*?

El Inspector limpiaba metódicamente sus gafas.

—Por la mañana, los cadáveres se encontraban en posturas diferentes a las de la tarde anterior. En concreto, se trataba tan solo de un cuerpo, al parecer de un ahogado que...

—¿«Al parecer»? —repitió el Inspector Jefe con el mismo tono de indiferencia.

Farquart se irguió aún más en su sillón.

—Todas las declaraciones son reconstrucciones secundarias, dado que en aquella época nadie les dio importancia —explicó—. El supervisor del depósito de cadáveres no está del todo seguro de si, justamente, se trataba del cuerpo de aquel ahogado en concreto, o de algún otro. De hecho, se cometió una irregularidad: Gibson, el comandante de la comisaría de Engender, no hizo constar esta denuncia en el protocolo porque creyó que...

—¿Vamos a ahondar en semejantes detalles? —El hombre sentado junto a la estantería de libros lanzó la pregunta desde su sillón. Al tratar de acomodarse, cruzó las piernas tan alto que sus calcetines amarillos y una franja de piel desnuda quedaron al descubierto.

—Me temo que es necesario —contestó fríamente Farquart sin dirigirle la mirada. El Inspector Jefe por fin se puso los anteojos, y su cara, hasta este momento algo ausente, adoptó una expresión benévola.

—Podemos ahorrarnos la parte formal de la investigación, al menos de momento. Por favor, siga hablando, compañero Farquart.

—De acuerdo, señor Inspector. La segunda denuncia provenía de la localidad de Planting, y se produjo ocho días después de la primera. También en este caso se trató de alguien que había manipulado por la noche un cuerpo en el depósito de cadáveres del cementerio. El fallecido era un trabajador portuario llamado Thicker, que llevaba tiempo enfermo y constituía una carga para su familia.

Farquart miró de soslayo a Gregory, que se revolvió impaciente.

—El entierro iba a celebrarse a la mañana siguiente. Los miembros de la familia se percataron, al llegar al depósito, de que el cuerpo estaba tumbado boca abajo, es decir, con la espalda hacia arriba y, además, abierto de brazos, lo cual hacía pensar que el hombre habría... *revivido*. Me refiero a que eso fue lo que pensaron los familiares. Por la zona empezaron a circular rumores acerca de un posible letargo; se decía que Thicker había despertado de una muerte aparente, y que se asustó tanto al encontrarse dentro de un féretro que falleció, esta vez de veras.

—Por supuesto, todo esto no eran más que cuentos de viejas —continuó Farquart—. El fallecimiento había sido constatado, sin que cupiera duda alguna, por el médico local. Pero, una vez que los rumores se hubieron extendido por los pueblos cercanos, se apercibieron de que la gente ya llevaba cierto tiempo murmurando acerca de la «manipulación de cadáveres», o, en cualquier caso, acerca de que se los encontraban en otras posturas, al cabo de la noche.

—¿Qué significa para usted «cierto tiempo»? —preguntó el Inspector.

—Es imposible de precisar. Los rumores se referían a Shaltam y a Dipper. A primeros de enero se llevó a cabo la primera investigación, de forma más o menos sistemática y con los medios locales, ya que el asunto no tenía pinta de ser serio. Las declaraciones de los lugareños parecían en parte exageradas, en parte contradictorias, y los resultados de la investigación carecían prácticamente de valor. En Shaltam, fue el cuerpo de Samuel Filthey, muerto de infarto de miocardio. Se supone que «se dio la vuelta dentro del ataúd» el día de Nochebuena. El sepulturero que mantiene esta historia tiene fama de alcohólico empedernido, y nadie pudo corroborar sus palabras. En cambio, en Dipper, estamos hablando del

cuerpo de una enferma mental que fue hallado por la mañana en el suelo del depósito, junto al féretro. Se decía que lo había extraído del mismo su hijastra, la cual, de noche, habría entrado furtivamente en el depósito, y que lo hizo movida por el odio. Realmente es imposible discernir la verdad entre tantos rumores y habladurías. Unos y otras se limitaban a facilitar el nombre de un supuesto testigo ocular y este, a su vez, nos remitía a otra persona.

—Lo normal habría sido que el caso hubiera sido archivado —Farquart hablaba ahora más deprisa—, pero el dieciséis de enero, en el depósito de cadáveres de Treakhill, desapareció el cuerpo de un tal James Trayle. El caso lo llevaba el sargento Peel, delegado de nuestro CIC. El cuerpo fue retirado del depósito entre las doce de la noche y las cinco de la madrugada, hora en que el empresario de la funeraria constató su ausencia. El fallecido era un varón... de unos cuarenta y cinco años quizás...

—¿No está usted seguro de ese extremo? —preguntó el Inspector Jefe. Estaba sentado con la cabeza gacha, como si estuviera contemplando el suelo barnizado, brillante como un espejo. Farquart se aclaró la voz.

—Estoy seguro. Lo he dicho sin pensar... Murió intoxicado por el gas del alumbrado. Un accidente desgraciado.

—¿Autopsia? —El Inspector Jefe arqueó las cejas. Tras inclinarse hacia un lado, tiró de la manija que abría los tragaluces. Una brisa húmeda se filtró en la atmósfera de la habitación, estancada y bochornosa.

—No se practicó autopsia alguna, ya que estábamos completamente convencidos de que se había tratado simplemente de un desafortunado suceso. Seis días más tarde, el veintidós de enero, en Spittoon, se produjo el segundo accidente: la desaparición del cuerpo de John Stevens, un obrero de veintiocho

años que había sufrido un envenenamiento mortal el día anterior, mientras limpiaba una caldera en la destilería. El fallecimiento tuvo lugar alrededor de las tres de la tarde; el cuerpo fue transportado al depósito de cadáveres, donde fue visto por última vez, por el conserje, a las nueve de la noche. Por la mañana ya no estaba. Este caso lo llevaba también el sargento Pell, pero, al igual que en el primer accidente, no obtuvo resultado alguno. Dado que en aquel momento aún no contemplábamos la posibilidad de que estos dos sucesos tuvieran que ver con los anteriores...

—¿Le importaría abstenerse, de momento, de hacer comentarios? Nos ayudará a revisar los hechos —observó el Inspector Jefe. Sonrió amablemente a Farquart. Apoyó su mano, seca y ligera, sobre el escritorio. Gregory, involuntariamente, mantuvo la mirada fija en aquella mano anciana, desprovista del dibujo de las venas, completamente exangüe.

—El tercer accidente se produjo en Lovering, dentro ya del Gran Londres. —Farquart continuó hablando con voz opaca, como si hubiera perdido las ganas de proseguir con su prolijo relato—. La Facultad de Medicina posee allí unas nuevas salas de disección. De las que desapareció el cuerpo de Stewart Aloney, de cincuenta años, muerto a causa de una enfermedad tropical crónica que había contraído durante un viaje a Bangkok, en calidad de marinero. Este accidente tuvo lugar once días después de la segunda desaparición, el dos de febrero, es decir la noche del dos al tres. En esta ocasión de la investigación se ocupó el propio Yard. La dirigía el teniente Gregory, quien, más tarde, se hizo también cargo de otro caso de desaparición, en este caso de un cuerpo del depósito del cementerio suburbano de Bromley. Ocurrió el doce de febrero y esta vez se trataba del cuerpo de una mujer fallecida tras una operación en que le fue extirpado un tumor.

—Gracias —dijo el Inspector Jefe—. ¿Por qué el sargento Peel no está presente?

—Se encuentra enfermo, señor inspector. Hospitalizado —dijo Gregory.

—¿Sí? ¿Y qué le ocurre?

El teniente dudó.

—No estoy seguro, pero parece ser algo relacionado con los riñones.

—Teniente, ¿por qué no nos resume usted ahora el transcurso de su investigación?

—Sí, señor Inspector.

Gregory se aclaró la garganta, cogió aire y, tirando la ceniza de su cigarro al lado del cenicero, dijo en voz sorprendentemente baja:

—No tengo nada de qué vanagloriarme. Los cuerpos desaparecieron en todos los casos en el transcurso de la noche. En el lugar de los hechos, invariablemente, no se encontraron huellas ni signos de allanamiento. Tampoco era necesario, en realidad, en el caso de los depósitos de cadáveres. No suelen cerrarse y, de hacerlo, un niño podría abrirlos con un simple clavo doblado...

—La sala de disección estaba cerrada. —Sörensen, el médico forense, tomó la palabra por primera vez. Estaba sentado, con la cabeza inclinada hacia atrás, postura que evitaba que llamara la atención sobre su desagradable apariencia angulosa. Masajeaba con delicadeza la piel de sus hinchadas ojeras.

A Gregory le dio tiempo a pensar que Sörensen había hecho bien al elegir una profesión en la que tenía que tratar sobre todo con muertos. Hizo una amable reverencia, casi cortesana, ante el médico.

—Me lo ha quitado de la boca, doctor. Descubrimos una ventana abierta dentro de la sala de la que desapareció el

cadáver. Quiero decir que estaba entornada, pero sin cerrar, como si alguien hubiese salido por ella.

—Aunque antes tendría que haber entrado —añadió Sörensen con impaciencia.

—Excelente observación —replicó Gregory; se arrepintió y miró de soslayo al jefe, que permanecía callado, inmóvil, como si no oyera nada.

—Esa sala se halla en la planta baja —continuó el teniente tras un segundo de incómodo silencio—. Por la tarde estaba cerrada, al igual que las demás, según las declaraciones del conserje, que insistía en que todas las ventanas estaban cerradas también. Él mismo lo había comprobado personalmente, porque hacía frío y temía que el agua de los radiadores pudiera congelarse. De todas formas, allí no ponen mucho la calefacción, como por lo demás es habitual en las salas de disección. El profesor Harvey, al frente de la cátedra, ha dado las mejores referencias sobre el conserje. Se supone que es una persona exageradamente meticulosa. Alguien de absoluta confianza.

—En una sala de disección, ¿hay algún sitio donde uno pueda esconderse? —preguntó el Inspector Jefe. Miró a los reunidos, como si de nuevo se diera cuenta de que estaban allí.

—Esto es... casi totalmente descartable, señor Inspector. Requeriría la complicidad del conserje, claro está. Aparte de las mesas de disección, no hay allí ningún tipo de mobiliario, rincones oscuros, escondites... Tan solo taquillas empotradas para guardar los abrigos de los estudiantes y las herramientas, pero en ellas no cabría ni siquiera un niño.

—¿Afirma esto literalmente?

—¿A qué se refiere?

—A sí, según usted, un niño tampoco cabría —preguntó con calma el Inspector.

—Pues... —El teniente frunció el ceño—. Un niño, señor Inspector, sí cabría, pero como mucho de siete u ocho años.

—¿Ha tomado usted las medidas de esas taquillas?

—Sí —contestó de inmediato—. Medí todas ellas porque creía que alguna podía ser más grande, pero no. Ninguna. Además están los servicios, los aseos, el gimnasio y, en el sótano, la cámara frigorífica y el almacén de materiales; en la primera planta se encuentran los despachos de los ayudantes y el gabinete del profesor. El conserje recorre por las noches todas estas habitaciones, incluso varias veces, diríase que por su propio afán. El profesor me habló de ello. Nadie pudo ocultarse allí.

—¿Y si un niño...? —sugirió con suavidad el Inspector. Se quitó las gafas, como si estuviera desarmando su agudeza visual. Gregory sacudió la cabeza enérgicamente.

—No, eso es imposible. Un niño no habría sido capaz de abrir ninguna de las ventanas. Son enormes; se trata de unas ventanas altas, con dos cierres, uno arriba y otro abajo, que se activan con una palanca ubicada en el marco. Parecidas a esta. —Gregory señaló en dirección a la ventana, por la que entraba un fino hilo de aire frío—. Cuesta mucho mover estas palancas, incluso el conserje se había quejado de esa misma circunstancia. Yo mismo lo intenté, sin éxito.

—¿Él mismo llamó la atención sobre lo difícil que era accionarlas? —preguntó Sörensen con su misteriosa sonrisita, que Gregory detestaba. Habría dejado sin respuesta su pregunta, pero el Inspector Jefe lo observaba expectante, por lo que contestó con apatía:

—El conserje me lo contó solo cuando yo mismo, en su presencia, abrí y cerré las ventanas. No es solo una persona meticulosa, sino también muy aburrida. Un *quejica* —aclaró Gregory mientras miraba, como por casualidad, a Sörensen.

Se sentía satisfecho de su actitud—. Además, esto es natural, teniendo en cuenta su edad —añadió en tono conciliador—; a los sesenta más o menos, la esclero... —Se interrumpió, cortado. El Inspector no era mucho más joven. Intentó a la desesperada encontrar una salida tras sus últimas palabras, pero no halló el modo de hacerlo. Los presentes permanecieron completamente inmóviles. Gregory se lo tomó a mal. El Inspector Jefe se volvió a poner las gafas.

—¿Ha concluido?

—Sí —Gregory dudó—; en realidad, sí. Quiero decir, en lo que a los tres *accidentes* se refiere. En el último de ellos, he de decir que me llamó especial atención el entorno; me refiero sobre todo al movimiento nocturno en los alrededores de la sala de disección. Los agentes de servicio en aquella zona no detectaron nada sospechoso. Cuando me hice cargo del caso, intenté averiguar con la mayor exactitud posible los detalles de los acontecimientos anteriores, tanto por medio del sargento Peel, como de forma directa: visité todas las localidades en que se habían registrado casos. Sin embargo, no encontré ninguna pista, ninguna huella. Nada en absoluto. La mujer fallecida de cáncer desapareció de la sala de disección en circunstancias similares a las de aquel obrero. Por la mañana, a la llegada de un familiar, el féretro estaba vacío.

—De acuerdo —dijo el Inspector Jefe—. Le agradezco su exposición. ¿Le importaría continuar, colega Farquart?

—¿Paso a los siguientes casos? Muy bien, señor Inspector.

«Debería servir en la marina, se comporta, en todo momento, como si estuviera asistiendo a la izada matutina de la bandera» —pensó Gregory. Le entraron ganas de lanzar un suspiro.

—La siguiente desaparición tuvo lugar en Lewes, siete días más tarde, el diecinueve de febrero. Se trataba de un

joven trabajador portuario que había tenido un accidente de coche. Había sufrido una hemorragia interna a raíz de una contusión del hígado. Fue intervenido con éxito, según decían los médicos..., pero no logró superar el postoperatorio. El cuerpo desapareció de madrugada. Pudimos definir la hora con extrema precisión dado que alrededor de las tres de la madrugada había fallecido un tal Burton cuya hermana (vivía con ella) tenía tanto miedo de estar a solas con el fallecido en el mismo piso que sacó de la cama al dueño de la funeraria. Por tanto, el cuerpo fue llevado a la sala de disección a las tres de la madrugada exactamente. Dos de los empleados de la funeraria lo dejaron junto al cadáver del trabajador...

—¿Desea usted añadir algo más? —intervino el Inspector Jefe.

Farquart se mordió el bigote con disimulo.

—No... —dijo por fin.

Sobre el edificio pudo oírse el prolongado estruendo de unos motores de avión, cuya intensidad aumentaba progresivamente. Un avión invisible se dirigió al sur. Los cristales respondieron vibrando sutilmente.

—Me gustaría añadir... —decidió Farquart— que al depositar el segundo cadáver, uno de los ayudantes desplazó el cuerpo del trabajador, dado que le dificultaba el acceso. Resulta que cuando lo hizo... según sus palabras, el cuerpo no estaba *frío*.

—Hmm —bufó el Inspector Jefe como si se tratara de la cosa más común del mundo—. ¿No estaba frío? ¿Cómo lo describió exactamente? ¿Sabría repetir sus palabras?

—Dijo simplemente que no estaba frío. —Fraquart hablaba con desgana, haciendo pausas entre las palabras—. Es una tonte... no tiene sentido, pero el ayudante insistió en que era